

“Mujeres en guerra: tradiciones y símbolos en el antiguo testamento”.  
Clases de Rafael R. Chenoll. Universidad de Málaga  
Recensión. Deborah González Jurado, S. 14/03/09

Para ambas historias, la de Débora y Judit, parece que lo que funciona es la fuerza de Dios, que se manifiesta mediante unos mecanismos de inversión de los roles sociales a través de las figuras de estas mujeres. En términos sociológicos y antropológicos, e históricos, la inversión ha sido estudiada por autores como Victor Witte Turner, tanto para sociedades primitivas o preliterarias, como para sociedades históricas; y otros, como Michelle Vovelle y otros autores de la corriente de Annales, han estudiado a fondo el significado de la fiesta (carnavales, etc.) como herramienta reajustadora o compensadora de la sociedad general, a modo de una terapia colectiva periódica, digámoslo así.

El tema que tratamos no sería esta inversión mediante la fiesta o la risa la que curaría al pueblo de Israel, sino la inversión de los roles sociales mediante la intervención de unas mujeres iluminadas y decididas en el destino y supervivencia de todo su pueblo. No obstante, parece que estas actitudes ejemplificadoras femeninas, sólo se producen en situaciones desesperadas; es cuando Dios permite que el orden social, dirigido por el sexo masculino, se altere.

Es la de Débora la historia más antigua, y muestra a mujeres en papeles diferentes a los de víctima o malvada. Su protagonista pasó a llamarse “madre de Israel”, porque propone un nuevo principio cuando todo está casi perdido. Parece que Débora participó en la batalla al lado de Barac, contra Sísara, contagiando su heroísmo al ejército. Sin embargo, Débora no se mancha las manos con la sangre del jefe enemigo, sino que esta acción es delegada en Yael, otra mujer. Parece que los Jueces hebreos, entre los que Débora, la abeja, sería el cuarto, no juzgaron en el sentido que nosotros entendemos, de hacer justicia como la entendemos ahora, pero sí emitieron “juicio intelectual” para la conducción religiosa y política del pueblo, solucionando problemas puntuales, ya que Israel estaba completamente desorganizada y sus instituciones aún sin definir, y bajo la amenaza de otras potencias. Los jueces aparecen y desaparecen a intervalos, y no se plantearon solucionar los problemas de unificación, que estarían reservados a los Reyes, más adelante. Débora hace justicia mediante la palabra y la premonición, mediante instrucciones gobierna el ejército; sabe lo que hay que hacer, cuando los especialistas en dirigir, se han rendido. Habla bajo la palmera, habla al jefe del ejército, habla al mismo ejército.

El artículo explica las prácticas horribles que se ejercían sobre la población de mujeres y niños, en el caso de que los ataques del enemigo terminasen triunfantes. Como excepción, o nueva inversión, la historia de la Rajab, que traiciona a sus propios paisanos, encubriendo a espías israelitas, escapando del exterminio. De entre los pedazos de las madres casadas, abnegadas y sus hijos, la única que sobrevivirá y conseguirá poner a salvo a los suyos, será ella, la prostituta.

El papel de otras mujeres, como la hija pequeña del juez Jefté, seguirá siendo pasivo y aceptador del destino que le es impuesto. En este caso, la virginidad de la joven presenta un aspecto negativo, que añade sufrimiento a su tormento al aceptar la inmolación, ya que esta virtud, junto con su muerte prematura antes de tener hijos, son motivos de consternación. En la decisión de exterminio contenida en este artículo, esta cuestión de la virginidad, es, sin embargo, la única garantía de supervivencia de las muchachas que han caído en desgracia. Podríamos decir que las vírgenes juegan papeles pasivos.

No obstante, las mujeres que se muestran como activas, Débora, Yael, Judit, Rajab, se presentan como casadas, aunque en diferentes estatus. Débora es casada, aunque sólo se alude al marido con una mención, y no acapara ningún protagonismo; Yael también, e incluso pone en práctica sus artes seductoras y amatorias, aunque esto sólo queda insinuado, para eliminar al enemigo; Judit, viuda sin hijos... En fin, se menciona el hecho de que son mujeres casadas, o al menos no vírgenes, como representación de mujeres completas, dueñas de sí mismas, de su voluntad y en contacto con Dios; pero no se mencionan hijos, que en el único caso de Judit queda, además, especificado. Tal vez la familia de la prostituta Rajab, incluyera a sus hijos, pero estarían fuera del ámbito patriarcal común. Tras pasar la iniciación que supone el matrimonio, o el hecho de perder la virginidad, o el quedar viudas, la líder es capaz de superar el punto más álgido de la crisis de su pueblo. Pero ninguna de éstas heroínas presenta la característica de ser madre en funciones; tal vez, en el mundo simbólico, la madre en funciones pierde su poderío social y se concentra en el ámbito familiar, o los hijos serán los que asuman el papel de la acción. Débora y Judit son madres simbólicas de todo un pueblo, prestándole su protección, pero no compaginan esta labor con la maternidad personal, que tal vez se presenta así como incompatible a las altas misiones de sus vidas excepcionales.

Parece que el contexto histórico del libro de Judit, la judía, se nos escapa un poco más, ya que parece que acumula inexactitudes, y es considerado apócrifo. Si fue escrito, como se presenta en el artículo, entre los siglos I y II a.C., en época helenística, es muy probable que tenga influencias paralelas a las que tuvieron los escritores helenísticos. Es un momento en que la historiografía griega se deshace en detalles y en el análisis moral de los personajes que describe. Parece que en el artículo, el profesor Chenoll adelanta que el libro de Judit podría haber sido una construcción helenística, tomando retazos de mitos antiguos, aportando nuevas estructuras, incluyendo actitudes de personajes, en principio antagonistas, como la de Dalila, con el fin de ajustar detalles al ejemplo que se desea transmitir. Pudo ser el libro de Judit, entonces, en cierto sentido, una revisión y remozamiento de otros mitos más antiguos, donde un proceso de inversión de roles y nuevo comienzo son las únicas salidas. Seguramente, aunque el mito de Débora es el primero que deja testimonio de estos casos excepcionales, no fuese una práctica desconocida hasta ese momento, ya que en estas piezas antiguas, no se incluye ninguna alusión a un supuesto rechazo o a alguna oposición de ninguna especie, cosa que, posiblemente provocaría alguno en nuestros tiempos.